

Este texto fue publicado en mayo de 1966 en forma de conferencias mimeografiadas destinadas exclusivamente a los alumnos de la Universidad de La Habana como instrumento de trabajo para un cursillo que impartió el destacado revolucionario y dirigente político Carlos Rafael Rodríguez, cuyo centenario acabamos de celebrar. Carlos Rafael, envuelto en distintas responsabilidades revolucionarias, trató de explicar argumentadamente el Período de Transición de la Revolución Cubana. En 1979, la Editora Política publicó aquellas conferencias en un libro titulado *Cuba en el tránsito al socialismo, 1959-1963*. Granma, reproduce la conferencia que denominó:

La Revolución

CARLOS RAFAEL RODRÍGUEZ

CUANDO EN medio de la alegría y el desbordamiento nacionales más grandes de nuestra historia Fidel Castro entraba en La Habana, el 8 de enero de 1959, puede afirmarse que ni las clases sociales que habían dominado durante medio siglo la vida cubana ni los imperialistas de Washington tenían la menor sospecha del destino que aquella revolución deparaba a su hegemonía. Como Luis XVI, confundieron la revolución con la revuelta, y pensaban que les resultaría fácil encauzar a los victoriosos de la Sierra Maestra por la misma ancha y fácil avenida de acomodamiento en la que hasta entonces habían venido a disolverse todas las sucesivas esperanzas revolucionarias de la América Latina.

Cuba, sin embargo, necesitaba una revolución. ¿Cuál era la diferencia entre lo uno y otro? ¿Qué tipo de revolución correspondía hacer a quienes no quisieran disolverse en una forma “democrático-representativa” de gobierno, entregada al reformismo vocinglero y a la supuesta honestidad administrativa, para terminar ingloriosamente bien a manos de un golpe militar reaccionario o de un modo más abyecto, absorbidos también, como los frustrados jefes de 1933, por el mismo régimen al que en apariencia había derrotado? Los cambios revolucionarios que resultaban imperativos en Cuba desde antes de 1930, devinieron aún más inaplazables, como resultado de la tiranía batistiana. La subordinación al imperialismo se había hecho, si cabe, más completa.

El cuadro de las inversiones directas de los Estados Unidos en Cuba hasta 1954 ofrecido por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos muestra cómo la estructura fundamental de esas inversiones no había variado durante el período:¹

INVERSIONES						
(En millones de Pesos)	1929	1936	1946	1950	1953	1954
Agricultura	575	265	227	263	265	272
Petróleo	9	6	15	20	24	27
Manufactura	45	27	40	54	58	55
Servicios Públicos	215	315	251	271	297	303
Comercio	15	15	12	21	24	35
Otras Industrias *	60	38	8	13	18	21
Totales:	919	666	553	642	686	713

• No incluye las inversiones directas del Gobierno de los Estados Unidos en Minería (Nicaro).

Puede verse que al cabo de treinta años los inversionistas norteamericanos siguieron viendo a Cuba como simple base para la obtención de azúcar barato, fácil de transportar y a precios convenientes, sobre todo en los momentos de tensiones bélicas. Durante los años de la Segunda Guerra Mundial, y aprovechando la transitoria mejoría de las condiciones azucareras, los imperialistas norteamericanos traspasaron a manos cubanas algunas unidades azucareras —las más viejas e ineficientes— y mantuvieron sólo las mayores y eficientes, capaces en un momento dado de producir una zafra grande. El incremento en las inversiones industriales no azucareras es a todas luces ridículo si se le compara con



Una enorme masa campesina sin créditos, con precios ruinosos y agobiada por los intermediarios vivía un proceso alternativo de miseria absoluta y atenuada durante casi medio siglo.

el crecimiento de la población y de la economía cubanas de los años 30. En el auge de la postguerra y el que surgió con el ataque a Corea, algunas empresas norteamericanas crearon subsidiarias en la producción de neumáticos y gomas o controlaron, como la “Procter and Gamble” y la “Palmolive”, la fabricación de perfumes, jabones y detergentes, etcétera. Pero no emprendieron ningún plan de industrialización en escala apreciable. La razón alegada, según el libro *Investment in Cuba* —destinado, como otros similares sobre México, Colombia, Perú, etc., a explicarles a los inversionistas potenciales de Estados Unidos las posibilidades de inversión en la América Latina— resumía la renuencia de los inversionistas a desarrollar proyectos en la industria cubana con estas palabras: “Hasta hace poco las condiciones para esa inversión no han sido muy favorables”. Y anunciaba que en la siguiente década se preparaban inversiones norteamericanas por un valor de 205 millones de pesos en energía eléctrica, refinación de petróleo, minería y manufactura.² Por lo visto, los imperialistas norteamericanos creyeron que la presencia de Batista y su política antinacional y antiobrera garantizaría “las condiciones favorables” que en los años anteriores habían echado de menos. La única variación significativa en este panorama había ocurrido precisamente para agravarlo. Pocos años antes de la caída de Batista, grandes ganaderos norteamericanos asociados al “King Ranch” de Texas, comenzaron a ver en nuestra poco aprovechada tierra de pastos una posibilidad de explotación. Surgió así un proyecto que la Revolución cortó a tiempo pero que habría reafirmado, en la crianza de bovinos, la concepción extensiva de la agricultura que se nos había impuesto a través del latifundio cañero. En lo que se refiere al desarrollo mediante el empleo de los recursos nacionales, el período de la postguerra

y en particular la etapa batistiana se caracterizaron por el empleo de los recursos financieros en forma que condujo al fomento de inversiones que lejos de contribuir al verdadero desarrollo de nuestra economía se tradujeron en presiones inflacionarias de las que se derivó —por la vía de las importaciones— la pérdida de todos los recursos en divisas acumulados como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial y de las alternativas favorables para el azúcar surgidas durante el ataque imperialista a Corea. A la vez surgió, con una fuerza que hacía lucir angelicales a los viejos políticos del pasado, el capitalismo burocrático, constituido mediante el robo directo y la especulación aventurera por los políticos gobernantes y sus asociados. A fin de comprender mejor la situación que heredaba la Revolución el Primero de Enero de 1959, es conveniente resumir las alternativas económicas principales del período que la precedió inmediatamente. El Gobierno de Prío disfrutó en los años 1950 y 1951 un período de breve prosperidad que, como dijéramos, derivó de la agresión imperialista a Corea. El peligro de guerra ocasionó, como siempre, una demanda extraordinaria de azúcar para los contingentes de reserva. La producción de azúcar pasa a ser de 5,4 millones en 1950 a 5,6 en 1951. Ese incremento fue acompañado de un aumento en los precios del mercado mundial. En junio y agosto de 1950 el precio se elevó a 4,21 centavos y 5,83 centavos por libra inglesa, determinando un promedio mundial de 4,98 centavos. En 1951 el precio ascendió a 5,68 centavos, mayor que el de 5,07 centavos al que se vendieron nuestros azúcares en el mercado de Estados Unidos. Esto determinó que el valor de la producción azucarera (incluidas las mieles) fuera de 630 millones en 1950 y llegara a 730 en 1951. En junio de 1951 en el llamado mercado mundial el azúcar obtiene su precio máximo: 7,41 centavos.